

# ACTO DE ENTREGA DEL TERCER MILENIO A MARÍA SANTÍSIMA

pronunciado por el Papa Juan Pablo II  
en comunión con todos los Obispos  
en ocasión de su Jubileo  
el Domingo 8 de Octubre del 2000



1

***“¡Mujer, ahí tienes a tu hijo!”*** (Jn. 19, 26)

Mientras se acerca a su final este Año Jubilar, en que Tú, oh Madre, nos has ofrecido de nuevo a Jesús, el fruto bendito de tu seno purísimo, el Verbo hecho carne, el Redentor del mundo, resuenan particularmente dulces para nosotros estas palabras tuyas con que nos envía a Tí, haciendote nuestra Madre: ***“¡Mujer, ahí tienes a tu hijo!”***

Entregándote a Tí el Apóstol Juan, y con él todos los hijos de la Iglesia, incluso todos los hombres, Cristo no atenuaba, sino más bien confirmaba su papel exclusivo de Salvador del mundo.

Tú eres esplendor que nada le quita a la luz de Cristo, porque existes en El y para El.

***Todo en Tí es “FIAT”***: Tú eres la Inmaculada, eres transparencia y plenitud de Gracia.

Ahí tienes, pues, a tus hijos, reunidos en torno a Tí, *al alba* del nuevo Milenio.

La Iglesia hoy, con la voz del Sucesor de Pedro, a la que se une la de tantos Pastores aquí venidos de todas partes del mundo, busca refugio bajo tu protección materna e implora con confianza tu intercesión ante los desafíos que el futuro esconde.

## 2

Tantos han vivido y están viviendo, en este año de gracia, la alegría sobreabundante de la Misericordia que el Padre nos ha dado en Cristo.

En las Iglesias particulares esparcidas por el mundo, y más aún en este centro de la Cristiandad, las más diferentes categorías de personas han acogido este don.

Aquí ha vibrado el entusiasmo de los jóvenes, aquí se ha elevado la súplica de los enfermos. Aquí han pasado sacerdotes y religiosos, artistas y periodistas, hombres del trabajo y de la ciencia, niños y adultos, y todos, en tu Hijo amado, han reconocido el Verbo de Dios, hecho carne en tu seno.

Alcánzanos, oh Madre, con tu intercesión, que los frutos de este Año no se pierdan y que las semillas de gracia se desarrollen hasta la plenitud de la santidad, a la que todos somos llamados.

## 3

Hoy queremos encomendarte el futuro que nos espera, pidientote que nos acompañes en nuestro camino. Somos hombres y mujeres de *una época extraordinaria*, tan exaltante como rica de contradicciones.

La humanidad hoy día posee instrumentos de inaudita potencia: puede hacer de este mundo un jardín o *reducirlo a un montón de escombros*.

Ha adquirido extraordinaria capacidad de intervenir en las fuentes mismas de la vida: puede usarlas para el bien, dentro del cauce de la ley moral, o puede ceder al orgullo miope de una ciencia que no admite límites, hasta pisotear el respeto debido a todo ser humano.

***Hoy día, como nunca en el pasado, la humanidad está en una encrucijada.***

Y una vez más, toda la salvación está sólo, oh Virgen Santa, en tu Hijo Jesús.

## 4

Por eso, Madre, como el Apóstol Juan, *queremos recibirte en nuestra casa* (cfr. Jn. 19, 27) para aprender de Tí a ser conformes a tu Hijo.

***“Mujer, ¡ahí tienes a tus hijos!”***

Aquí estamos, ante Tí, para **encomendar** a tu cuidado materno a nosotros mismos, la Iglesia, el mundo entero.

Píde por nosotros a tu Hijo amado, para que nos conceda en abundancia el Espíritu Santo, el Espíritu de la Verdad, que es fuente de vida.

Acógelo por nosotros y con nosotros, *como en la primera comunidad de Jerusalén, reunida en torno a Tí el día de Pentecostés* (cfr. Hechos, 1,14).

Que el Espíritu abra los corazones a la justicia y al amor, que lleve las personas y las naciones a la recíproca comprensión y a una firme voluntad de paz.

*Te encomendamos todos los hombres*, empezando por los más débiles: los niños aún no nacidos y los que han nacido en condiciones de pobreza y sufrimiento, los jóvenes en busca de sentido a la vida, las personas sin trabajo y las probradas por el hambre y la enfermedad.

Te entregamos las familias desquiciadas, los ancianos privados de asistencia y quienes están solos y sin esperanza.

## 5

Oh Madre, que conoces los sufrimientos y las esperanzas de la Iglesia y del mundo, asiste a tus hijos en las pruebas diarias que la vida nos reserva a cada uno y haz que, gracias al esfuerzo de todos, las tinieblas no prevalezcan sobre la luz.

A Tí, aurora de la salvación, entregamos nuestro camino en el nuevo Milenio, para que bajo tu guía todos los hombres descubran a Cristo, luz del mundo y único Salvador, que reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.